

- Con GENEROSIDAD y con EFICACIA características de nuestra Misión -

Roberto Jaramillo Bernal, s.j.

GENEROSIDAD SIN LIMITES: CARIDAD DISCRETA

En 1949 el Pe. General de la Compañía de Jesús, Juan Bautista Janssens, publicó un documento titulado “Instrucción sobre el Apostolado Social” haciendo un llamado a los jesuitas para formarse “en aquel amor sincero y eficaz que en lenguaje moderno llamamos «espíritu» o «mentalidad social»”¹. El Pe. Janssens reiteró su llamamiento en varias ocasiones² e intentó definir más precisamente en qué consiste ese “amor sincero y eficaz”, esa “mentalidad o espíritu social” con ocasión de la canonización de José Pignatelli diciendo:

*“en la Instrucción que di sobre el Apostolado Social, intenté distinguir entre obras de beneficencia y lo que hoy se llama acción social. La primera de estas formas de caridad, la única conocida en tiempos de José Pignatelli, es buena. Nuestro Señor Jesucristo la alabó y la Iglesia la ha recomendado siempre. Ayuda a los miembros sufrientes de Cristo en este mundo. No puede desaparecer nunca porque «habrá siempre pobres entre vosotros». La otra forma de caridad es mejor: más universal y más duradera, expresa un más alto grado de amor. Las obras de beneficencia suavizan algunas tristezas; la acción social suprime, en la medida de lo posible, las causas mismas del sufrimiento humano. Todo el cuerpo místico de Cristo se hace más sano y más fuerte”*³.

La reflexión de la Compañía de Jesús sobre las características y la misión del apostolado social fue desarrollándose alimentada por el magisterio del Concilio Vaticano II enfatizando la dedicación al trabajo por los más pobres (y más tardíamente – especialmente a partir del documento de Medellín – ‘con los más pobres’) mediando una reflexión y análisis de las condiciones sociales, acompañada del saber teológico y filosófico. En un seminario de trabajo llamado “El Apostolado Social en la Compañía de Jesús hoy” (1980) se esbozaron de manera clara las notas características de este trabajo:

“un grupo (de jesuitas y colaboradores, diríamos hoy) que

- 1. “estén radicalmente comprometidos con la promoción de la justicia en solidaridad con los pobres;*
- 2. busquen no solamente la conversión de los individuos sino un cambio estructural de la sociedad;*
- 3. tengan como objetivo contribuir a la construcción de una sociedad nueva y más justa basada en la participación;*
- 4. tengan una idea clara sobre la identificación de prioridades y la decisión de las acciones a través del uso de un análisis científico de la realidad, un análisis no sólo de las estructuras sino también de los acontecimientos y tendencias del momento; y con una perspectiva de fe cristiana;*
- 5. estén preparados para asociarse de distintas maneras con aquellos que comparten los mismos ideales de transformación de la sociedad;*
- 6. estén involucrados en un diálogo crítico con los grupos que buscan el cambio de un modo distinto al nuestro; y*
- 7. que persigan el objetivo de la comunión con la Iglesia y con toda la Compañía”*⁴.

Veinte años después (1998) las “Normas Complementarias” resumen lo estatuido por las cuatro últimas Congregaciones Generales declarando que: “*la misión actual de la Compañía es el servicio de la fe y la promoción, en la sociedad, de la justicia evangélica que es sin duda como un sacramento del amor y misericordia de Dios*” (NC 245 §1-2). Y la Congregación General 35 reafirma y declara “*su firme convicción*” de que “*la finalidad de la misión que hemos recibido de Cristo, tal como está presentada en la Fórmula del Instituto, es el servicio de la fe*”, del cual “el principio integrador (...) *es el vínculo inseparable entre la fe y la promoción de la justicia del Reino*” (D 3, No. 2). Se trata de un principio axiológico fundamental, es decir: un tipo de acciones en que se manifiestan valores que le imprimen

¹ Cfr. Una breve historia, Campbell-Johnston Michael, pág. 2, inédito.

² cfr. Congregación de los Procuradores de 1953.

³ Acta Romana 12, 1954, 696. Citado por Ibíd. Pág. 3.

⁴ Cfr. Recordando Nuestra Historia, Promotio Iustitiae 100, 2008/3, “Los Primeros Treinta Números”, Campbell-Johnston Michael, s.j. Pág. 8.

mayores y más profundos significados a la acción; verdaderos “sacramentos del amor y de la misericordia de Dios”; lugares en que la acción y la palabra coinciden: en que la “*misericordia y la paz se encuentran, la justicia y la paz se besan*” (Salmo 85, 10).

Concluamos esta parte diciendo, pues, que todos los colaboradores en la Compañía de Jesús, no sólo en el apostolado social sino en todas nuestras acciones, estamos invitados a ser *sinceros y eficaces* (Pe. Janssens), a traducir en lenguajes y acciones visibles y liberadoras (*sacramentales*) el amor loco de Dios que

- da y se da sin medida (contemplación *ad Amorem*) - contra nuestra tentación de *dar sin darse* o de *darse sin dar*,
- que se abaja para hacerse carne con nuestra carne (encarnación) - contra nuestra tentación de *dar sin abajarse*,
- que no elude las consecuencias trágicas de su especial forma de amar (tercera semana) - contra nuestra tentación de *dar para evadirse*,
- que entrega sin esperar retorno (misterio pascual) - contra nuestra tentación de *dar para recuperar o de dar para comprar al otro*⁵, y
- que amando de esa manera respeta absolutamente la libertad del amado - contra la tentación de *dar para manipular*⁶.

GENEROSIDAD y GRATUIDAD EFICAZ

A través de la reflexión de las últimas congregaciones generales (las CG 32 a CG 35, entre 1978 y 2008) ha ido enriqueciéndose de manera generosa la comprensión de lo que significa para nosotros el “*servicio de la fe y la promoción de la justicia*”. Notas características de esa misión son

- el diálogo con las culturas y las religiones diversas,
- la consciencia de participar todos – desde perspectivas y tareas diversas – en una única misión que es la del Cristo (*misio Dei*),
- formando comunidades de solidaridad que sean manifestación de la reconciliación entre los hombres, con la creación y con Dios.

Pero talvez la más importante de las contribuciones de la evolución de esta reflexión sobre la misión “fe y justicia” tiene que ver con la más completa y más profunda significación de lo que significa la “promoción de la justicia” en términos de praxis personal e institucional, y no sólo de discurso.

Si bien en un primer momento (post congregación general 32) se pensaba y se actuaba respecto de la promoción de la justicia como si ella viniese a tomar lugar donde la caridad terminaba (visión preconiliar), hoy por hoy (especialmente después de la congregación general 34) la noción de justicia se ha enriquecido tanto que se puede afirmar que es la verdadera caridad la que comienza donde la justicia termina: la justicia que nace de la fe (la verdadera caridad) va mucho más allá que la noción de justicia que no está informada por el amor cristiano.

Ya desde los tiempos del Pe. Arrupe se insiste en que, si bien es posible abusar de la caridad haciendo de ella un subterfugio de la injusticia, “*no se puede hacer justicia sin amor. Ni siquiera se puede prescindir del amor cuando se resiste a la injusticia, puesto que la universalidad del amor es por deseo de Cristo un mandato sin excepciones*”⁷. Por eso se afirma que:

“nuestro apostolado social, nuestra lucha por la justicia, es algo muy distinto, muy superior, a cualquier tipo de promoción meramente humana y supera esencialmente cualquier concepción filantrópica, sociológica o política: porque nos mueve a ello el amor de Dios en sí mismo y el amor a Dios en los hombres, y en ese sentido,

⁵ Dice Simone Weil: “no es sorprendente que un hombre que tiene un trozo de pan se lo dé a alguien que tiene hambre. Lo sorprendente es que sea capaz de hacerlo con un gesto distinto al de comprar un objeto. La limosna no puede ser como la acción de comprar. Dios no está presente allí donde los pobres son simplemente una ocasión para hacer el bien. Porque no se puede amar de manera impersonal”, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 2004, p. 92, citado por González Buelta Benjamín, *Tiempo de Crear, Polaridades evangélicas, Sal Terrae, Santander, 2010, pág. 88.*

⁶ Estas cinco tentaciones del amor están inspiradas en las consideraciones hechas por el Pe. Nuno Tovar de Lemus, s.j. en su libro *El Príncipe y la Lavandera*, Ed. Sígueme, 2005.

⁷ Pedro Arrupe, *Arraigados y Cimentados en el Amor*, 1981, n.56

*es obra eminentemente apostólica y, como tal, plena y absolutamente jesuítica en el más riguroso sentido de nuestro carisma*⁸.

Más recientemente el Papa Francisco ha colocado esta realidad en el centro de su proclamación de la Buena Nueva: el principio de la misericordia no es otra cosa que la justicia del evangelio llevada a sus extremos, máxima manifestación de la caridad: amar como Dios nos ama, entregando todo por aquel y aquello que, antes de ese rescate, estaba perdido⁹. La justicia que nace de la fe se identifica con la acción misericordiosa de Dios que redime a todos¹⁰.

Sin embargo es necesario mantener positivamente la consciencia de que *“el amor cristiano no puede ser sólo gratuito; también debe ser eficaz. Es decir, no bastan los buenos sentimientos y la recta intención. El amor debe tratar de resolver los problemas de las personas concretas que vamos encontrando día a día y, con una visión más amplia, intentar colaborar en la organización de la sociedad ayudando a los cambios estructurales que alcancen a todos y que sean duraderos, para crear sociedades verdaderamente prósperas justas y libres”*¹¹.

Uno de los pasajes evangélicos paradigmáticos de esta dinámica del amor que se hace justicia y de la tensión que conlleva en términos de generosidad y de eficacia, de compromiso y de gratuidad, es la parábola del judío herido en el camino y del Samaritano que se compadece de él (Lc 10, 27-37). El extranjero vio (1) el malherido al borde del camino, se detuvo (2), se apeó de su cabalgadura (3), se acercó (4), lo tocó (5), le curó con su aceite (6), le dio a beber de su vino (7), vendó sus heridas (8), lo cargó en su caballo (9) y lo condujo al albergue (11), cuidó de él toda la noche (12), pagó sus gastos (13) y proveyó por su futuro (14); y no es gratuito que Jesús en su parábola indique que quien hizo esto fue un Samaritano mientras que otros, un sacerdote que bajaba del templo y un levita (experto en la ley), no hicieron nada por él. Porque el ejercicio de la misericordia (que es la manifestación máxima de la justicia) es una decisión positiva que construye algo nuevo desde donde la justicia no existe, donde el respeto no se manifiesta, donde la reconciliación es impensable. Allí donde el injustamente tratado no es injusto, el violentado en su dignidad no es violento, el despreciado no desprecia, el excluido no excluye, el perseguido no persigue, el calumniado no difama, el engañado no miente, el ofendido no ofende, el condenado no condena, allí se manifiesta perfectamente (divinamente) la tensión entre generosidad y eficacia, entre compromiso y gratuidad.

Hay que emplear, pues, todos los medios y habilidades necesarios para ser eficaces de manera concreta y precisa, sabiendo que *“la sola gratuidad nos puede alejar de la realidad, haciéndonos desencarnados, irresponsables e ilusos; la sola eficacia nos puede perder en ella, haciéndonos duro, implacables y desencantados cuando las cosas no salen como esperamos y en el plazo que nosotros hemos fijados. Necesitamos las dos en una síntesis ágil y constantemente creativa”*¹².

En el ejemplo (obras) y enseñanza (palabras) de San Ignacio de Loyola podemos encontrar con claridad esta tensión dinámica entre la generosidad (gratuidad) y la eficacia. San Ignacio sabe que *“el amor hay que ponerlo más en las obras que en las palabras”* e insiste en ello en uno de los pasajes más típicos de los ejercicios espirituales (las premisas de la Contemplación para alcanzar Amor), cuando el ejercitante ya ha pasado por un proceso cuidadoso de depuración y purificación de su respuesta al Amor. Entretanto, en los escritos en que da orientaciones para el día a día de la Compañía de Jesús insiste repetidamente en la necesidad de vivir en la *“caridad discreta”*, en la caridad *“discernida”*, en la caridad *“ordenada”*, en la caridad *“particular”*, en la caridad *“verdadera”* dando muestras con estos y otros adjetivos de que no todo ejercicio de la caridad es aquel que conduce a tomar las mejores decisiones y a hacer real (realizar) el amor de Dios y el amor a Dios. Esa tensión creativa que supone *amar eficazmente*, con todas las

⁸ Promotio Iustitiae 18 (julio 1980), pág. 129. Ver también Congregación General 34. Decreto 3 Nuestra Misión y la Justicia, No. 4.

⁹ Sin duda es la misma intuición que está presente en el discurso del Papa Benedicto a los jesuitas reunidos en la 35ª Congregación General cuando dice que *“la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en un Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (2Cor 8, 9)”*, Discurso del Papa Benedicto XVI a la CG 35, febrero de 2008.

¹⁰ *“Por eso el amor cristiano ha de ser gratuito, pues “supone la entrega a Dios y a su reino sin ponerle condiciones y sin pasar factura a nadie, sin concebir nuestro trabajo como una inversión bien calculada, amando a todos sin excepción, en relaciones que no sean un negocio, perdiéndonos con gusto en el misterio de la realización del reino en la historia sin ponerle plazos, situándonos más allá de éxitos constatables y de fracasos evidentes”* González Buelta Benjamín, op. cit, p. 88.

¹¹ *Ibid.*, pág. 88-89.

¹² *“El samaritano puede ser eficaz porque en lo más hondo de su corazón hay una inmensa gratuidad: no conoce al asaltado, no da con un corazón raquítico, se expone al peligro personalmente, no pone límites en los gastos y no le pone ninguna condición al judío. Pero en el fondo de esa eficacia hay una inmensa gratuidad que la hace posible”* *Ibid.*, pág. 107.

consecuencias que ambas dimensiones exigen queda plasmada en la célebre frase “*hacerlo todo como si sólo dependiera de nosotros y esperarlo todo como si sólo dependiera de Dios*”¹³.

EFICIENCIA CON EFICACIA

Es importante reflexionar y tomar consciencia (son dos verbos/acciones distintas) de que el AMOR EFICAZ que positivamente buscamos es mucho más que la simple eficiencia. Para decirlo en términos netamente ignacianos y evangélicos: se nos pide *conocimiento interno* de que “*no es lo mismo dar frutos que tener éxito*”¹⁴.

Para visualizar mejor esta relación dialéctica entre generosidad y eficacia (porque es imposible vivir completa y únicamente en un solo registro), detengámonos un momento en la propuesta analítica que nos ofrece Pablo Mella, s.j. hablando de la tensión creativa entre dar fruto y tener éxito¹⁵:

- DAR FRUTO -	- TENER ÉXITO -
Acción y pasión fundamentales: don, gratuidad	Acción y pasión fundamentales: posesión, mérito
Algo “natural” que sigue el ritmo de la vida y deja ser	Algo “artificial” que no respeta los ritmos vitales, violenta y atiborra
Palabra clave: madurez	Palabra clave: triunfo
Valores principales: confianza y paciencia Integra las imperfecciones y los defectos	Valores principales: seguridad y eficiencia No acepta las imperfecciones ni los defectos
Evoca el silencio nutriente de la tierra y la sabia	Evoca el brillo y la bulla de la apariencia espectacular
Acoge y digiere el alimento (relación tierra, semilla, agua lluvia y sol), es comunión con la Creación	Puro trabajo que cuenta con resultados inmediatos, es soledad en el esfuerzo
Integra las situaciones límite, reconociendo la presencia de “lo dañino”	Descalifica y niega la importancia de las situaciones límites, porque las considera como fracasos
No se mide con instrumentos de precisión estandarizados	Todo se mide con los mismos instrumentos de precisión
No es acumulativo: siempre tiene algo de nuevo y de abundancia (no responde a las expectativas)	Se acumula como una colección de diplomas o como dinero en el banco

La *eficiencia* es un valor digno e importante que está generalmente asociado al discernimiento y correcto uso de los medios necesarios para realizar una acción que tiene por fin algo más que el manejo de esos medios; vinculado a una visión más pragmática del uso de las cosas; en nuestro caso siempre de cosas ajenas, de las cuales somos nada más que administradores. Sin duda que ser eficiente es un valor; un valor que como todos los otros valores de la vida (al no reducir el SER a un valor: porque yo soy eficiente, pero soy también y a la vez amable, soy también y a la vez inteligente, etc.) tiene sus contingencias y sus relaciones subsidiarias con otros valores más o menos amplios e importantes según el momento en que se encuentre el sujeto y las comunidades. Por eso podemos afirmar que para

¹³ “En las cosas del servicio de nuestro Señor que emprendía usaba de todos los medios humanos para salir con ellas, con tanto cuidado y eficacia, como si de ellas dependiera el buen suceso; y de tal manera confiaba en Dios y estaba pendiente de su divina providencia, como si todos los otros medios humanos que tomaba no fueran de efecto alguno” Pedro Ribadeneira, *Monumenta Ignaciana*, 4º, l. n. 14, citado por González Buelta Benjamín, *óp. cit.* págs. 110-111.

¹⁴ “Dar fruto” es una expresión bíblica rebotante de significación espiritual. En la Biblia, el pueblo de Dios aparece frecuentemente como una viña de la que se esperan frutos jugosos. Jesús mismo se valió de la imagen para expresar el sentido profundo de su misión. En el evangelio de San Juan, dice a sus discípulos que la gloria del Padre consiste en que sus hijos den fruto en abundancia (Jn 15, 8.16). Dar fruto nos remite a la fecundidad, característica de todo ser viviente. Por la fecundidad se multiplica la vida mediante la entrega gratuita de la propia vida. La vida de quien desea seguir a Jesucristo tiene vocación de fecundidad. Todo seguidor de Jesús está llamado a multiplicar la vida entregándose de manera gratuita. No se puede entender la espiritualidad del fruto sin recordar esta afirmación de Jesús: “les aseguro que si el grano de trigo al hacer en la tierra no muere, queda él solo; pero si muere da mucho fruto” (Jn 12, 24). Texto inédito ofrecido por el autor.

¹⁵ Estas dos realidades que aquí se comparan metafóricamente, no son absolutos contrarios; el ejercicio se hace para entender la dinámica que mueve cada una como tendencia final. Pero en la vida real se combinan creativamente de manera que “tener éxito es dar frutos” y para “dar verdaderos frutos hay que tener éxito en el sentido evangélico”. Tomado y adaptado de un material inédito ofrecido por el autor. **Las itálicas en negrita son modificaciones mías.**

ser eficaz generalmente es necesario ser eficiente, aunque no basta serlo; y en algunas ocasiones puede hasta no ser indispensable¹⁶.

Pero la eficiencia y el “eficientismo” son diferentes. Porque es probable que en la vorágine de la eficiencia pueda perderse fácilmente la gratuidad de las cosas (*todo para todos*), la gratuidad del tiempo (“*hay más tiempo que vida*”, adagio mejicano) y la gratuidad de la relación con las personas: hay que producir, minimizar esfuerzos y maximizar resultados; hay que ahorrar recursos materiales (“ni más ni menos de lo estrictamente necesario”), temporales (“el tiempo es oro”) y humanos (ya no son relaciones humanas sino Recursos). Cayendo en el “eficientismo” (la eficacia por sí misma como valor) se entra en la dinámica tramposa que denunciaba Gabriel Marcel hace más de medio siglo: “*poseer es casi inevitablemente ser poseído*”.

Así, mientras que la generosidad implica un movimiento de salida de sí, de entrega, de ofrecimiento, de apertura, de generosidad, la eficacia está marcada por un movimiento centrípeto que tiene que ver con guardar, ahorrar, conservar, preservar, controlar, poseer¹⁷. Por eso cuando hablamos de eficacia como atributo del amor que estamos llamados a vivir, estamos refiriéndonos a una realidad mucho más amplia y exigente que “el ser eficiente” (aunque generalmente lo implica) y que nos remite directamente al “fruto”, a “los resultados”, a “lo buscado”, a “lo planeado”, “al impacto” de nuestras acciones (eficientes, organizadas, conjuntas, respetuosas, etc.).

CON GENEROSIDAD Y CON EFICACIA

Con mucha fuerza, desde la Congregación General 34, sucedida en 1998, se nos viene insistiendo en esta necesidad:

“Nuestras instituciones pueden emplear los siguientes medios como ayuda para llevar a cabo nuestra misión: la evaluación institucional del papel que juegan en la sociedad; el examen de si su propia estructura interna y su política reflejan nuestra misión; la colaboración y el intercambio con instituciones afines de diversos contextos sociales y culturales; la formación permanente del personal en lo que respecta a la misión” (Decreto 3, Nuestra Misión y la Justicia, No. 21).

“Cada Provincia debe evaluar su planificación apostólica utilizando los criterios establecidos en las Constituciones, leídos a la luz de nuestra misión hoy. Cuando se interpretan a la luz de la fe que busca la justicia, el criterio de “mayor necesidad” apunta a lugares o situaciones críticas de injusticia; el criterio de “mayor fruto”, a los ministerios que puedan ser más eficaces para crear comunidades de solidaridad; el criterio del bien “más universal”, a la acción que contribuye a un cambio estructural capaz de crear una sociedad basada en la corresponsabilidad... Una vez tomadas las decisiones, es de crucial importancia evaluar el proceso de su puesta en práctica. La revisión anual de la realización de los objetivos en el año puede ayudar a definir los objetivos el año siguiente. Una revisión seria y regular de la eficacia en la puesta en práctica de nuestra misión aportará credibilidad y realismo a nuestra planificación provincial e institucional” (Decreto. 3, Nuestra Misión y la Justicia, No. 22).

“A nivel interprovincial e internacional, la Compañía debe continuar buscando maneras de colaborar con otros grupos y organizaciones nacionales e internacionales, tanto no gubernamentales como oficiales. Es parte de nuestra responsabilidad como cuerpo apostólico internacional trabajar con otros a nivel regional y global en pro de un orden internacional más justo. La Compañía debe, por tanto, examinar sus recursos y promover la creación de una red internacional eficaz para poder llevar a cabo nuestra misión, también a este nivel” (Decreto. 3, Nuestra Misión y la Justicia, No. 23).

Y la Congregación General 35 (2008) también insistió en ello de una manera más concreta aún, instando los diversos sectores del cuerpo apostólico de la Compañía Universal a trabajar en conjunto en torno de temas comunes (migraciones, violencia, pobreza, ambiente) para llegar a resultados concretos, diciendo:

“Esta Congregación urge a todos los jesuitas y a quienes comparten la misma misión, en particular a las universidades y centros de investigación, a promover estudios y prácticas orientadas a enfrentar las causas de

¹⁶ Como nos dice González Buelta: “la eficacia evangélica está atravesada por la gratuidad y puede transformar la realidad a través de momentos (...) en los que aparentemente no pasa nada, episodios de ineficiencia y fracasos escandalosos, como la muerte de Jesús en la cruz”, *Ibid.*

¹⁷ Cfr. GONZALEZ BUELTA Benjamín, *Ibid.*, p. 86

la pobreza y a mejorar el medio ambiente. Debemos encontrar caminos en los cuales nuestra experiencia con los refugiados y los desplazados por una parte, y con las personas que trabajan en la protección del medio ambiente por otra, interactúen con aquellas instituciones, de forma tal que los resultados de la investigación y la incidencia política consigan beneficios prácticos para la sociedad y el medio ambiente. Esta incidencia política e investigación deberían estar al servicio de los pobres y de quienes trabajan en la protección medioambiental. Con ello se daría una nueva luz a la llamada del Santo Padre a compartir de una forma justa los costos, “teniendo en cuenta el desarrollo de los diversos países” (Decreto 3, No. 35).

“En este contexto global es importante señalar el extraordinario potencial que representa nuestro carácter de cuerpo internacional y multicultural. Actuar coherentemente con este carácter puede no sólo mejorar la efectividad apostólica de nuestro trabajo, sino que, en un mundo fragmentado y dividido, puede ser también testimonio de reconciliación en solidaridad de todos los hijos de Dios” (Decreto 3, No. 43).

Sin embargo descubrimos también que éste es un lenguaje difícil, que tiene dinámicas técnicas y pragmáticas que a veces no estamos acostumbrados o que nos resistimos a utilizar, y que desafía nuestra pertinencia y nuestra oportunidad apostólicas. En ocasiones, parece que tuviéramos bastante claro el “qué hacer” (acciones) y el “hacia dónde” queremos ir (visión), pero nos falta realismo y capacidad gerencial para tomar las decisiones e implementar las acciones necesarias para llegar allá (la meta) de la manera que queremos. En otras ocasiones estamos tan atados a maneras tradicionales de organizar y de promover las cosas, o tan atareados haciendo actividades y respondiendo a necesidades inmediatas, que no alcanzamos a ver la urgencia de modificaciones importantes tanto a nivel directivo, como organizacional y gerencial, en función de los resultados que queremos alcanzar. Nuevamente, la clave para la construcción de esta visión estratégica estará en nuestras actitudes espirituales. En especial, precisaremos de mucha libertad (lo que Ignacio llamaba “indiferencia”), para poder encontrar y colaborar con el Dios que trabaja en este mundo roto”.

Llamados, pues, como estamos a vivir un amor eficaz en nuestro servicio personal y en nuestros proyectos y acciones institucionales, es necesario que implementemos mecanismos adecuados en la elaboración, ejecución y evaluación de nuestros planes, proyectos y acciones, de manera que *nuestras obras sean coherentes con nuestras declaraciones*. En ello debemos esforzarnos de manera permanente - individual y corporativamente - ayudándonos en la medida en que sea necesario y posible de los instrumentos que nos ofrece la propia experiencia y la de otras personas y organizaciones tal vez más avezadas que nosotros en procesos de planeación, ejecución y evaluación de acciones colectivas y públicas.

.....